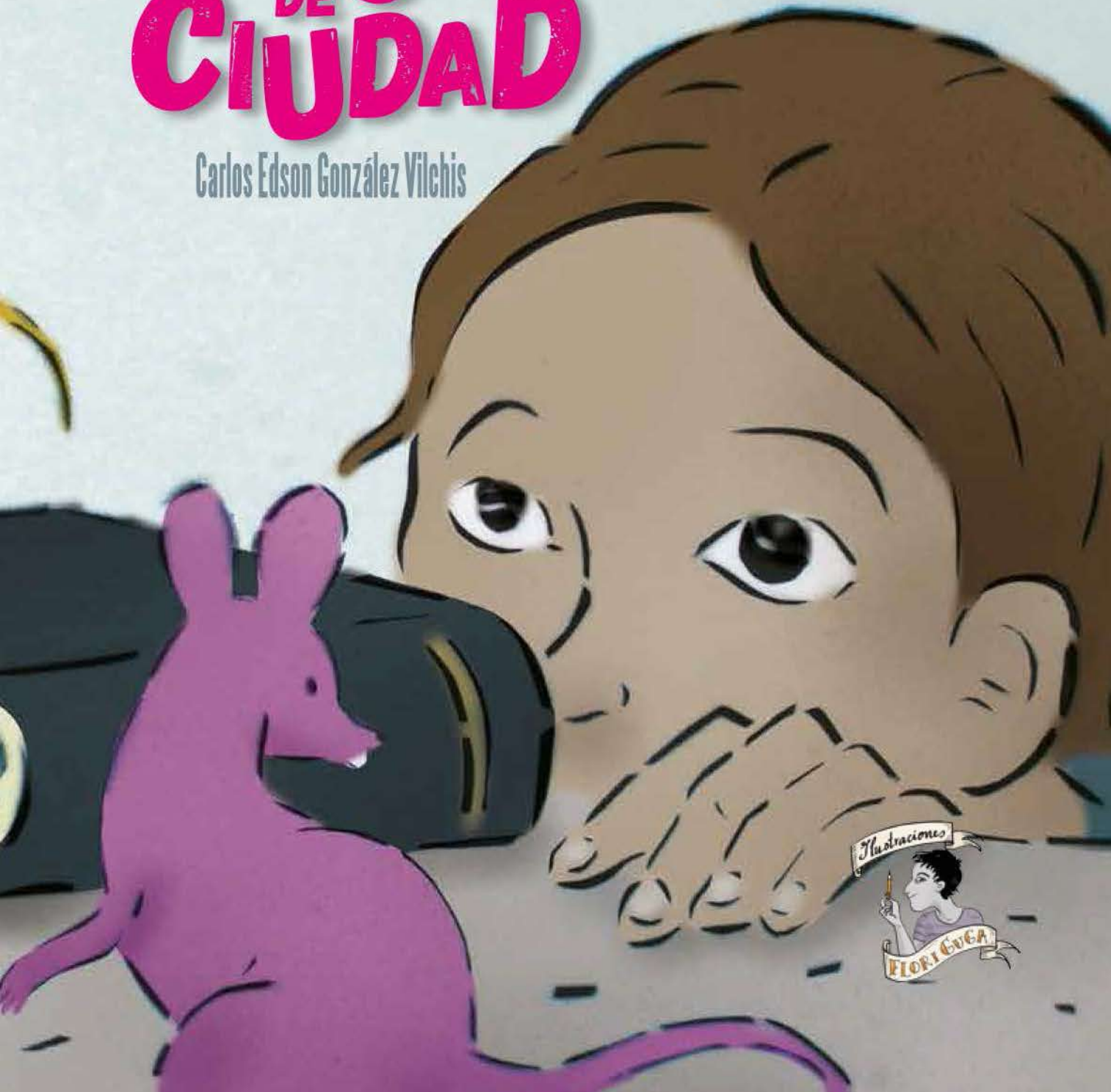


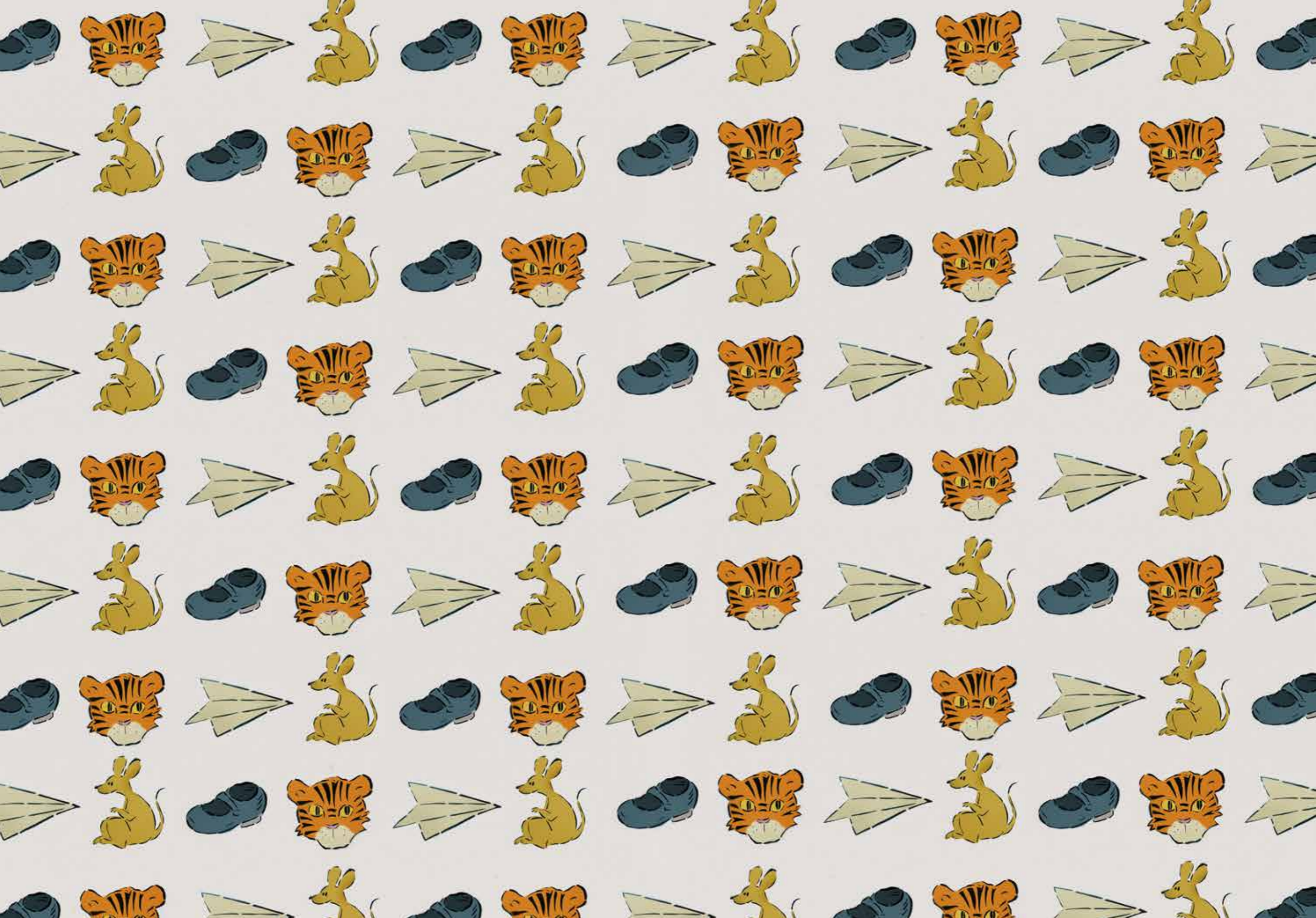


UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

RATONES DE CIUDAD

Carlos Edson González Vilchis





**RATONES
DE
CIUDAD**


Primera edición agosto 2016

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Cte.

Toluca, Estado de México

<http://www.uaemex.mx>

 Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (CC BY 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación

González Vilchis, Carlos Edson (2016). *Ratones de ciudad*. México, Universidad Autónoma del Estado de México. ISBN: **978-607-422-743-7**

ISBN: **978-607-422-743-7**

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

RATONES DE CIUDAD

Carlos Edson
González Vilchis



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

"2016, Año del 60 Aniversario de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Dr. en D. Jorge Olvera García
Rector

Dr. en E. Alfredo Barrera Baca
Secretario de Vocencia

Dra. en E. Kat. Ángeles
Ma. del Rosario Pérez Bernal
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Dr. en D. Miram Raúl Piña Lóbien
Secretario de Rectoría

Dra. en D. María de Lourdes
Morales Reynoso
Secretaria de Difusión Cultural

M. en C. E. Fam. María de los Ángeles
Bernal García
Secretaria de Extensión y Vinculación

M. en E. Javier González Martínez
Secretario de Administración

Dr. en C. Pol. Manuel Hernández Luna
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

M. en A. E. Yolanda E. Ballesteros Senties
Secretaria de Cooperación Internacional

Dr. en D. José Benjamín Bernal Suárez
Abogado General

Lic. en Com. Juan Portilla Estrada
Director General de Comunicación Universitaria

Lic. Jorge Bernaldez García
Secretario Técnico de la Rectoría

M. en A. Emilio Tovar Pérez
Director General de Centros Universitarios
y Unidades Académicas Profesionales

M. en A. Ignacio Gutiérrez Padilla
Centraler Universitario



Tercer Concurso de Cuento Infantil del Centro de Actividades Culturales (CeAC), 2016

Comité Organizador

Jorge Rubén López Jiménez

Nélida Rebeca Flores Ortiz


El jurado estuvo integrado por los escritores:

Samuel Pérez Ortega, Irma Bastida Herrera y Martha Elisa Aguilar.



La pequeña no suele ser problemática, sólo algo inquieta. Respecto de la muerte de sus padres, desconozco los detalles. Sé que vivían en un municipio llamado El Oro, en el Estado de México.

Aquí, en la ciudad, no tenemos nada parecido a su hogar. Los niños, me imagino, son muy diferentes. ¡El clima ni se diga! Por amor de Dios, hasta el agua con la que se baña es diferentísima. Siempre he vivido aquí, y cuando imagino la provincia, todo lo veo más, no sé, ¿será más limpio? A veces creo que está muy lejos, en otro mundo.



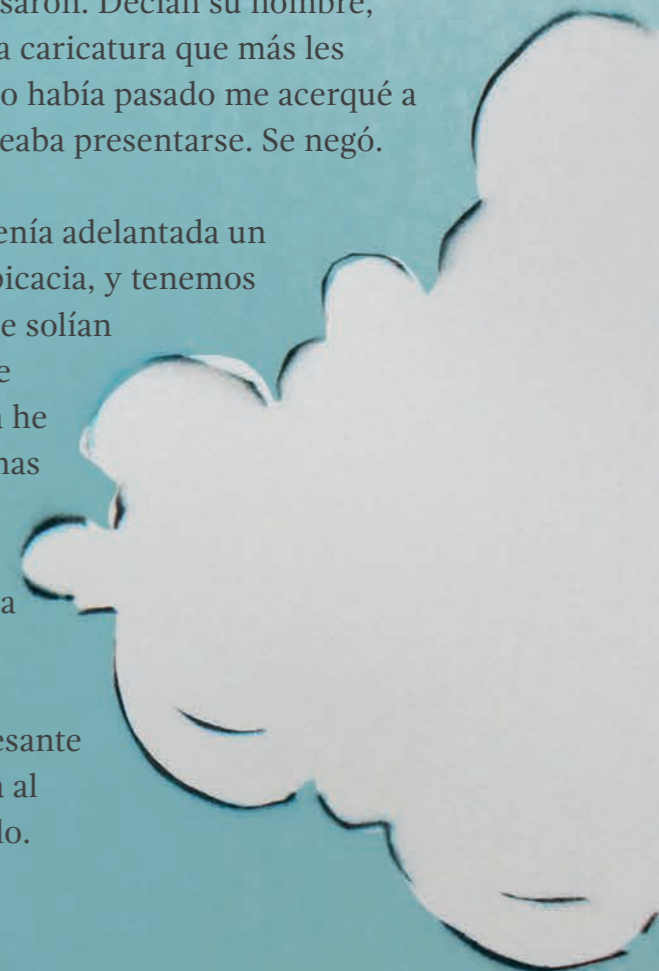
En fin, entiende el problema, ¿no? Niños que han pasado por un evento así ya son casos difíciles en el aula. Participan poco, suelen no prestar atención y ser sensibles a ciertas circunstancias: que si el maestro grita; que si los compañeros hacen mucho ruido; que si el tema que se ve en clase despierta algún sentimiento en ellos... ¡Pero semejante cambio! Venirse a vivir con la tía a un lugar lejano, donde desconoce el ritmo de vida y el tipo de personas que hay. Eso, director, es cruel.

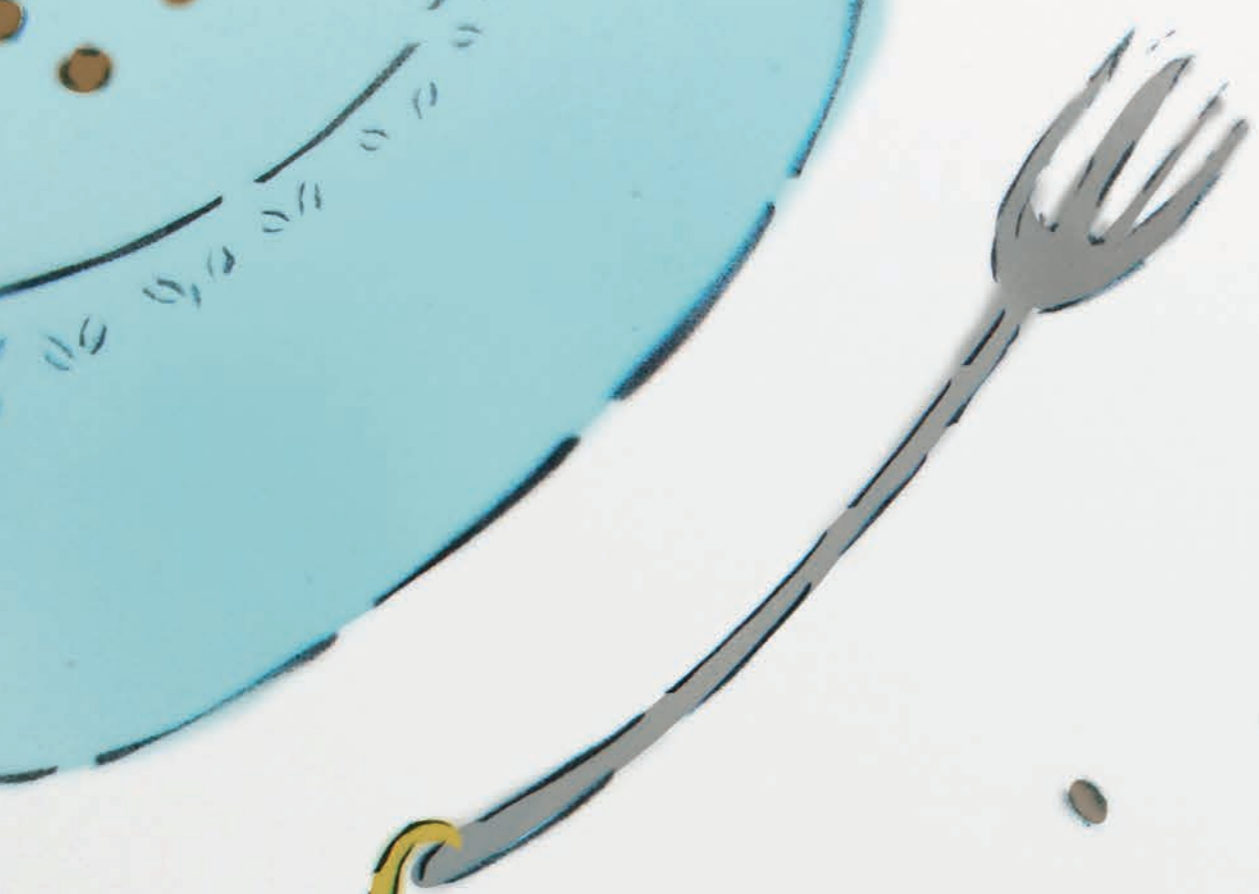


Las maestras me avisaron que se uniría un alumno al grupo, y fueron muy claras con su situación. Pero nunca dijeron cómo ni quién sería, ¡no dijeron nada de una niña tan bonita!, ni que la encontraría sentada junto a las ventanas que dan para la calle, con la luz del sol cayéndole encima, de pies a cabeza. Con los ojos clavados en su pupitre. Con las inquietas manitas jugando debajo de la paleta.

No quise presionarla el primer día. Hicimos la presentación correspondiente, pero en vez de pasarla al frente del salón, fueron sus compañeros los que pasaron. Decían su nombre, dónde vivían, su color favorito y la caricatura que más les gustaba. Cuando la mitad del grupo había pasado me acerqué a ella, le pregunté en voz baja si deseaba presentarse. Se negó.

Resultó una niña inteligente. Ya venía adelantada un mes en los temas, súmele su perspicacia, y tenemos una muchachita única. No obstante solían faltarle tareas. En clase no siempre trabajaba, en diversas ocasiones la he descubierto dibujando en las últimas hojas del cuaderno. A veces clava la mirada en la ventana, me comentó que no lo hace por alguna razón en específico, únicamente le hipnotiza el mundo de fuera, como si no encontrara nada interesante en el lugar donde está. Me ofendía al principio, luego aprendí a aceptarlo.





Un mes después de su llegada, en la actividad de Civismo, donde se pide a los niños que escriban lo que más les gusta del lugar donde viven, puso las cosas de cabeza. Siempre llevo conmigo una copia de su tarea, se la leeré:

Lo que más me gusta de esta ciudad son sus ratones. Son como bolitas de estambre, esponjosas y juguetonas, diferentes a los que había en mi antigua casa.

Estos ratones te hacen cosquillas al dormir. Siempre te acompañan cuando vas a la escuela, entre las calcetas si usas falda, en las mangas de la sudadera, cuando usas pants.

Una vez encontré uno en mi cabello, esos ratoncitos pueden aparecer donde sea, flotando en tu sopa de lentejas o escondidos en la lechuga, junto a la carne.

Realmente amo a los ratones de ciudad.



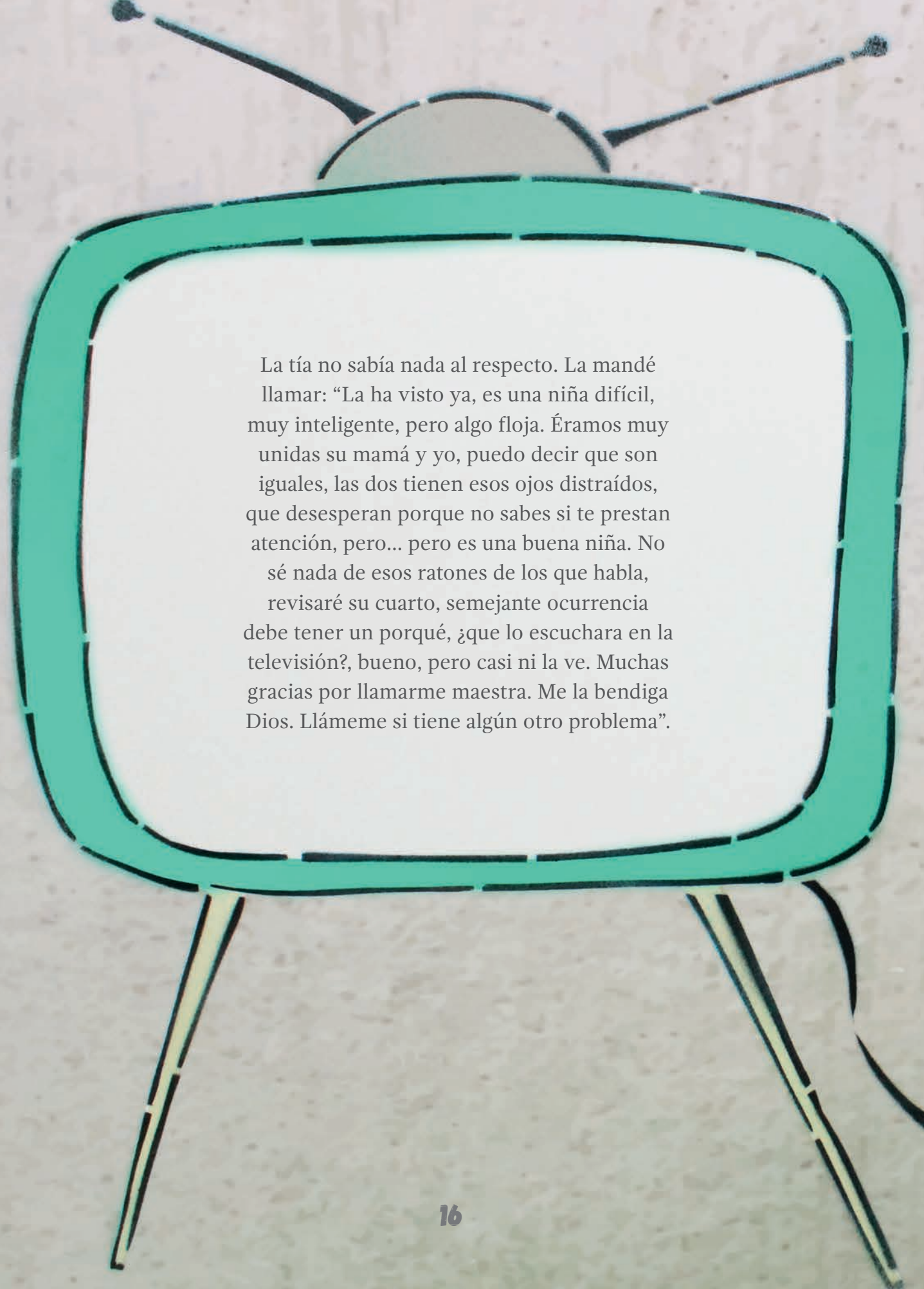


¿Usted qué haría?
“¿Te gustan los
ratones? –le pregunté–
¿Dónde los has visto?”:
“En mi casa hay muchos,
muchos ratones de colores. Algunos
azules y otros amarillos y otros rosas, y
naranjas y verdes y morados. Hoy viene uno
conmigo, está por aquí, metido en mi calceta”.

La pequeña se agachó, revisó ambas piernas, se
quitó los zapatos. Parecía muy preocupada. “No
lo entiendo, estaba aquí esta mañana. ¿No lo vio
usted? Se deslizó por mi pierna cuando entró al
salón... ¡Eso debe ser, le tienen miedo!”.

¿Ratones de colores? ¿Usted ha escuchado
semejante...? Y sin embargo, la pequeña estaba
convencida. Sabemos que no existen semejantes
alimañas, pero, le creía, ella me hacía creer.
“Es que no la conocen –me dijo–. Verá
que se harán buenos amigos”.





La tía no sabía nada al respecto. La mandé llamar: “La ha visto ya, es una niña difícil, muy inteligente, pero algo floja. Éramos muy unidas su mamá y yo, puedo decir que son iguales, las dos tienen esos ojos distraídos, que desesperan porque no sabes si te prestan atención, pero... pero es una buena niña. No sé nada de esos ratones de los que habla, revisaré su cuarto, semejante ocurrencia debe tener un porqué, ¿que lo escuchara en la televisión?, bueno, pero casi ni la ve. Muchas gracias por llamarme maestra. Me la bendiga Dios. Llámeme si tiene algún otro problema”.





Entonces, noté un problema: en abril cumplen años seis de sus compañeros, dos lo celebraron en el salón, trajeron gelatina, pastel, sándwiches, lo de siempre. Pero los cuatro que hicieron fiesta en casa, invitaron a todos menos a la niña. Iban a patinar en hielo, pero no le decían. Hacían pijamadas y no la invitaban.

Le pregunté a una alumna, por qué no la invitaban a sus fiestas y a sus juegos. “Es rara, maestra –contestó–, ¿qué no la ve? Se la pasa haciendo dibujos feos, dice que tiene ratones, pero que no son sus mascotas, ¡dice que son sus amigos!, ¿quién va a ser amigo de un animal así? Mi mamá me dijo que no me juntara con ella, ¡y no me voy a juntar jamás con ella!”. Conoce a los niños. Pueden ser..., pueden llegar a ser... Ah, difíciles.

No se juntaba con nadie en los recesos, así que le di una tarea especial para que no estuviera sola. Ordenaría los libros de la biblioteca del aula alfabéticamente, según sus títulos. No creí que aceptara, pero lo hizo, y más que eso, empezó a leerlos. Maestro, creo que no sabemos qué tipo de libros tenemos. En una ocasión se acercó llorosa a mí, me abrazó muy fuerte y me dijo: “Maestra, creo que yo soy como el tigre de ese cuento, porque nadie me quiere. Me avientan piedras al pasar”.





Por si esto no fuera suficiente, también está el día de la mamá.

Sabe, director, ensayamos desde febrero para el festival del día de las madres. Así haga calor o frío, cada grado y cada grupo se turnan el patio para ensayar los bailables. Conmigo, aparte del baile, los niños hicieron unos manteles de rafia, para regalárselos a sus mamis. Es una fecha muy especial.

¡Puede creer que nadie quería bailar con ella! La maestra de danza los regañó, mandó traer a sus padres ¡y ellos también! “No quiero ver a mi hijo bailando con esa niña. Está loca, y no quiero que le haga daño a mi nene”. ¡Estamos hablando de adultos, por amor de Dios! Propusimos a la tía que la niña bailara sola, pero se rehusó. Entonces, mientras sus compañeros bailaban, nos quedábamos en el salón una hora diaria, leyendo, platicando, ordenando la biblioteca.

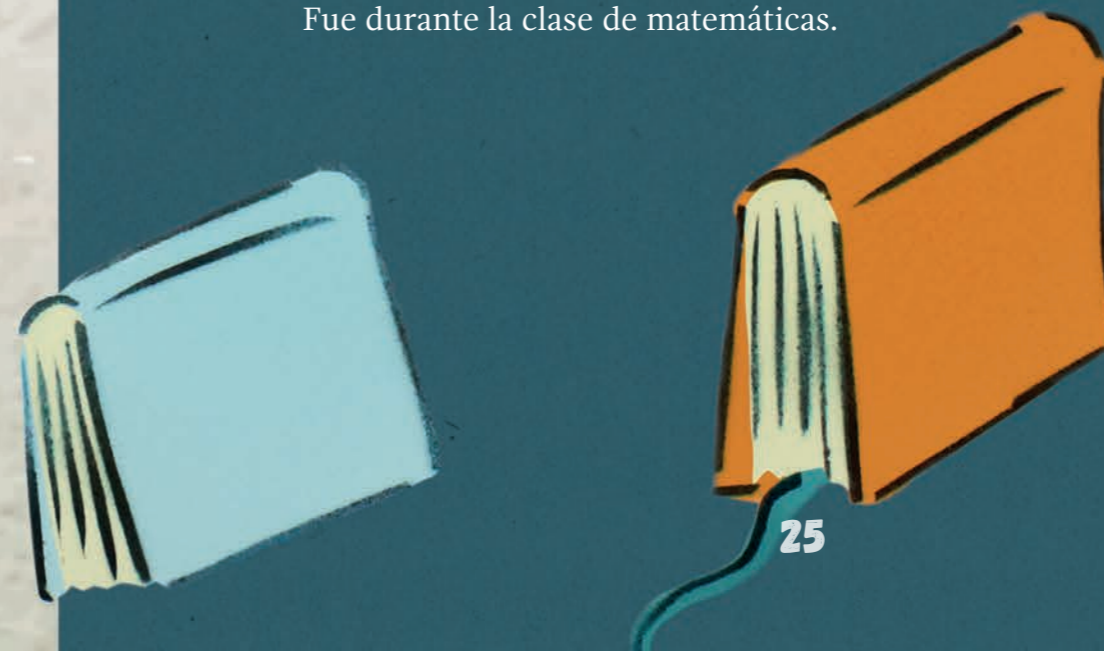




Un día sacó un libro. “¡Maestra, maestra!, ¡venga, venga!, ¡mire lo que me encontré!, aquí también hay ratones”. Debo confesar que me espanté, temblando de nervios me acerqué a donde estaba buscando y me dispuse a ayudarlo. Le dimos vueltas y vueltas al salón. Revisamos debajo de las mochilas, en los suéteres que sus compañeritos habían dejado en los percheros. Hasta detrás de los carteles de los números y del abecedario, pero nada apareció.

“Le juro maestra, que no le mentí. Yo vi su cola. Se escabulló entre los libros, pero ni modo de quitarlos todos. Le juro que no le mentí”. Cuando llegaron al salón los niños, y continuamos con la clase, no logré que despegara la mirada de los libros.


Pasaron muchos días así. La pequeña, sentada, con la luz del sol cayéndole en un costado, pasaba horas mirando los libros. Durante el receso sacaba uno a uno cada tomo. Cuando sus compañeros salían a ensayar, revisaba debajo de cada mochila y de cada suéter. Hasta en sus medias y en sus zapatos. Revisaba también debajo del escritorio, hasta que hace rato encontró lo que buscaba, supongo. Fue durante la clase de matemáticas.



Como rayo, se levantó de su asiento. No me dio tiempo de entender qué pasaba, corrió de un lado al otro, después se fue gateando entre las butacas, sus compañeros le lanzaban papeles, la pateaban cuando pasaba cerca, le pisaban las manos, fue un escándalo horrible. Los niños se pusieron frenéticos, no los calmaba con nada. Incluso llegó la maestra del salón de al lado para ver qué pasaba.

Me adentré en las filas, cuidando de no pisar ninguna mochila, entonces la pequeña gritó: “¡Ya está!”. Ni lloraba ni parecía importarle que la agredieran. La cargué y la llevé afuera del salón. “¡Qué estás haciendo! –le grité. Debo aceptar que le grité. Pero no era rabia, no era enojo. Quiero a esa niña. La quiero mucho. Por eso me enfurece que sus compañeros la traten así. Me enfurece porque, pues, porque pasé por algo parecido de pequeña. También fui una niña marginada. Rara, como le dicen. “¿No ves que estamos en clase, no ves que esos niños son malvados? ¡Por favor, velo! ¡Veme! ¿Te hicieron daño?”.



An illustration showing two hands holding a long, dark brown braid. The hands are rendered in a simple, flat style with light skin tones. The braid is thick and textured, with individual strands visible. The background is a light, textured surface, possibly a wall or paper, with some faint, darker spots.

Lágrimas, como perlas transparentes le corrían por las mejillas. Pero no miraba hacia abajo, no, claro que no. Yo estaba hincada ante ella, nos mirábamos directo a los ojos. Pude ver que le temblaban los labios y tenía deshecha una de sus trenzas. Nos abrazamos por largo rato.

La volteé con suavidad, deshice la trenza sobreviviente y peiné su cabello con mis manos. Adentro, el ruido de gritos, de risas histéricas y butacas azotándose contra el piso, se había calmado.

Mientras rehacía las trenzas, le vi el dorso de las manos: rojo por los pisotones. Tenía una media agujerada, le faltaba un zapato. “¿Por qué haces estas cosas?, mi niña. ¿Qué ganas?”.

“¿A qué se refiere?, no hago nada, usted lo sabe, y lo ha visto”. Tenía en sus manitas algo... yo no... no sé... no puedo decir qué era.

La dejé bien peinada... Los niños, que la agredieron, bueno, ya usted sabrá qué hacer con ellos. Y, con respecto al estado de la niña, se encuentra bien. Sólo deseo que dejen de llamarle loca. Quien le vuelva a decir, si tengo oportunidad de reprenderlo, lo haré. Porque ella no lo está, y de estarlo, somos locas las dos.





Estudiante de Letras Latinoamericanas en la Universidad Autónoma del Estado de México, ha formado parte de distintas mesas de creación literaria dentro de la Facultad de Humanidades, en el marco del coloquio Música y Literatura (Literatura musical y Música literaria). Sus intereses abarcan también la música, ramo en el cual ha sido reconocido por su desempeño en el Festival Universitario de la Canción.



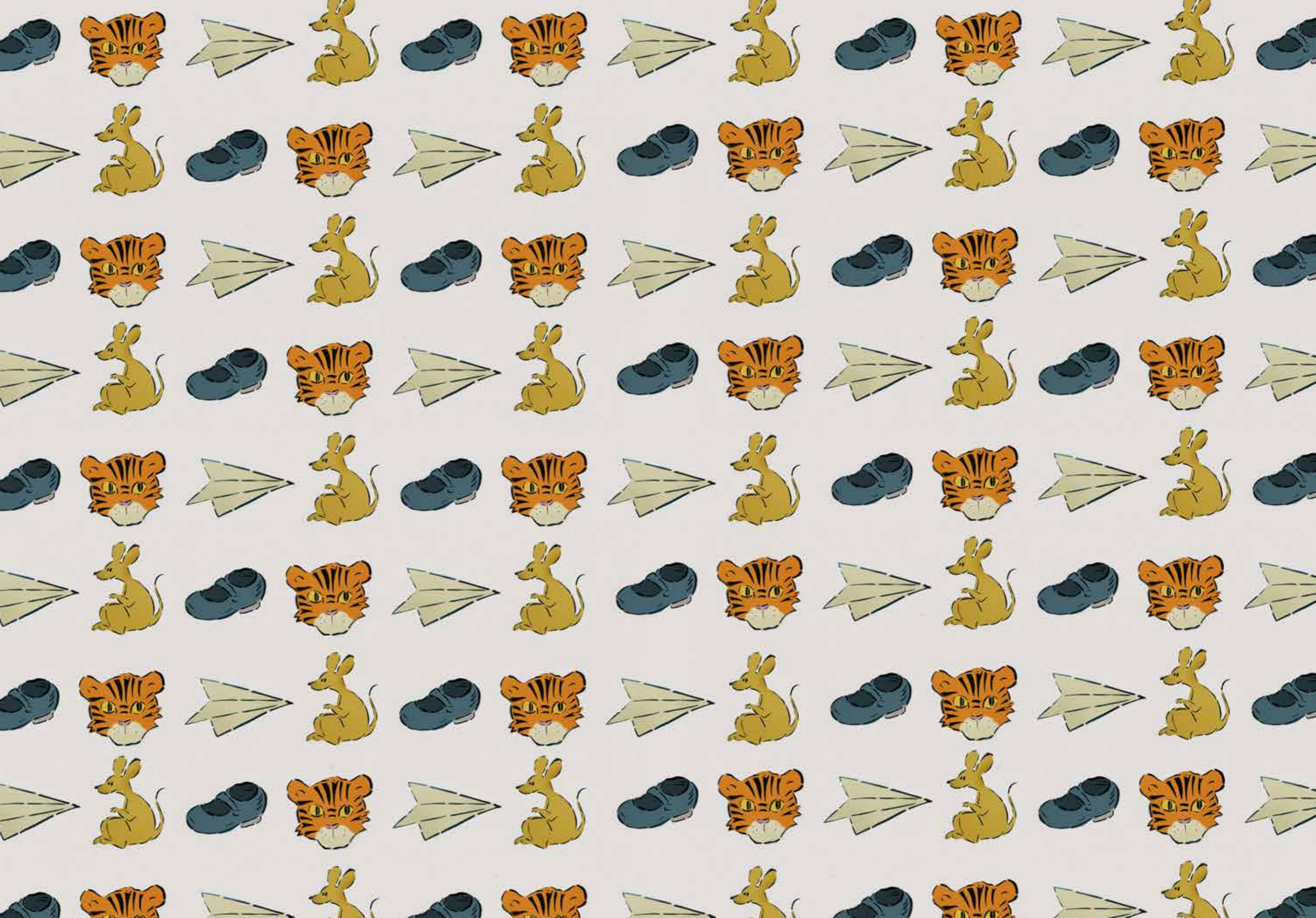
Cursa la Maestría en Artes Visuales en la UNAM. Beneficiada del Programa de Estímulo a la Creación Artística FOCAEM 2014. Seleccionada en la XL Bienal Nacional de Artes Visuales, Yucatán (2009), Catálogo de Ilustradores FILIJ / Conaculta (2009). <http://yunekacomits.blogspot.mx>



Ratones de ciudad, de Carlos Edson González Vilchis, se terminó de imprimir en agosto de 2016 en Litográfica Dorantes. El tiraje consta de 400 ejemplares. Coordinación editorial: Lucina Ruyala. Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Menrey. Formación y diseño: Concepción Contreras.

Editora responsable:
Gabriela Lara







COLECCIÓN ESE

-  Para leer en Navidad
-  Para leer fuera de Navidad
-  Acompañar con un vaso de leche
-  Para leer en el auto de papá
-  Para leer en el auto de mamá
-  Para leer solo y esperando
-  Para leer antes de dormir

ISBN: 978-607-422-743-7



9 786074 227437



sDC
Secretaría de Difusión Cultural

